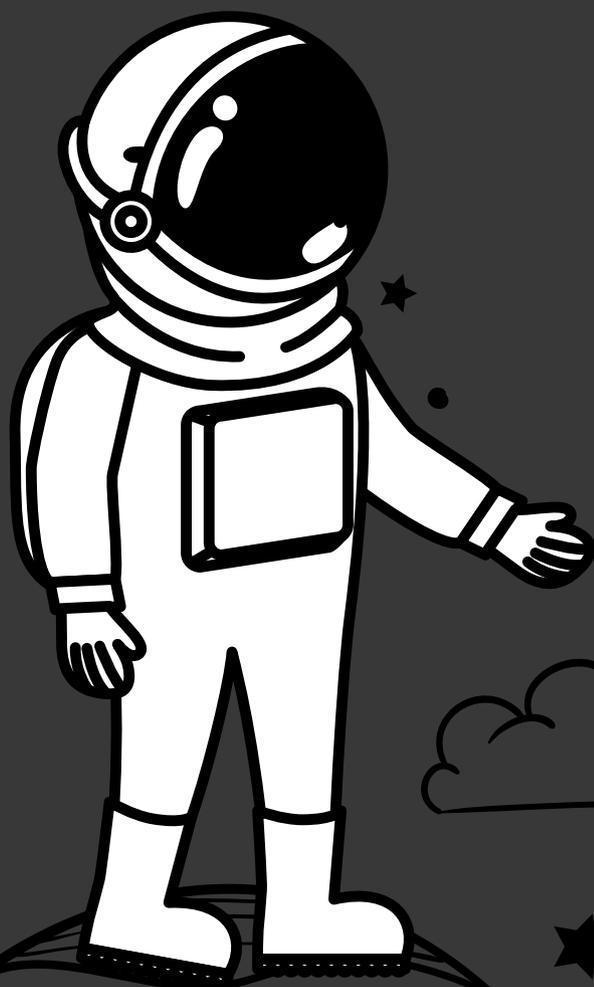


**DE GRANDE
QUIERO SER...**





A las afueras de Cuenca vivía un niño llamado Tomás con su abuelita y su gran amigo Orejas, un cachorro blanco muy juguetón con una graciosa mancha negra en su ojo. A Tomás le encantaba explorar y tenía fama de ser un niño muy curioso y preguntón. Entre juguetes y juegos, él quería ser un superhéroe. Su personaje favorito era Superman, por ello soñaba con volar muy alto y ver todo desde el cielo. Además, disfrutaba de la idea de salvar vidas junto con su amigo inseparable.

Una noche, después de la cena, Tomás se lavó los dientes y cara y se puso el pijama. Luego metió a Orejas a escondidas de su abuela para que durmiera con él, porque no le gustaba irse a la cama solo. Cuando se apagaron las luces, los dos quedaron profundamente dormidos, hasta que, de repente, Orejas comenzó a ladrar. Tomás despertó asustado y sintió un poco de miedo al ver que su mejor amigo de este mundo podía hablar:

—¡Orejas! —gritó.

—Tranquilo, Tomás, no temas —
respondió el cachorro.

Una vez calmados, Orejas continuó:

—Debes ponerte un súper
traje que te hará volar.

Tomás así lo hizo y, entonces, salieron a explorar lugares mágicos, llenos de cosas nuevas que el niño jamás había visto. En eso llegaron al espacio y Tomás cada vez se asombraba más

con lo que veía, ya que llegaron a otros planetas y estrellas fugaces. Aunque donde le gustó jugar más fue en los anillos de Saturno, porque parecían una pista de carreras. También visitaron la Luna y desde ahí pudo ver la Tierra, su hogar. Cuando se cansaron, Orejas llamó a una estrella para regresar a casa. En el camino, Tomás se quedó dormido. Cuando despertó estaba en su cama y se dio cuenta de que todo se trataba de un mágico sueño.

Tomás, al día siguiente, contó a su abuelita lo que había soñado, que sentía mucha emoción al ver que el espacio era un lugar asombroso y que, por dónde pisaba, había algo nuevo que ver. Asimismo, explicó que cuando estaba allí tenía un extraño cosquilleo en el estómago. En ese punto su abuela lo interrumpió para decirle:

—Sabes, cuando era niña también soñé que volaba muy alto con mi perico de colores. Recuerdo que me llevó a conocer las estrellas, y eran tan bonitas que parecían grandes luciérnagas doradas.

Tomás, al escuchar el relato de su abuela, se sorprendió. No obstante, se sintió acongojado al ver que ella tomó otro rumbo en la vida y se había dedicado a la costura. Por su parte, la abuela se enterneció al ver a su nieto jugar saltando de mueble en mueble y soñando con volar; por ello le hizo un traje de astronauta. Tomás se prometió a sí mismo que, de mayor, sería un astronauta para volver a jugar con Orejas en Saturno.